

JORGE CARPIZO, EL ÜBERMENSCH CRIOLLO

Hugo FERNÁNDEZ DE CASTRO PEREDO

Hay sombras que nunca se desvanecen
y recuerdos que jamás se borran.
Lord BYRON, *Manfred* (1821)

Introducción

En un libro como este, editado por un establecimiento académico de excelencia como el Instituto de Investigaciones Jurídicas (IIJ) y con ensayos escritos por profesionales tan distinguidos, ¡qué difícil es decidirse por un tema para escribir sobre Jorge Carpizo, el universitario *estupendo* (el adjetivo empleado por él como categoría suprema) de la América mexicana que de 1985 a 1989 fue rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)!

Hilvanar palabras y párrafos sobre la labor del doctor Carpizo en el propio IIJ, en la UNAM o en las instituciones diversas y dependencias de los poderes Judicial y Ejecutivo en las que laboró, parecería el camino más viable, pero... como sus colaboradores y colegas saben mejor que nadie lo que él hizo, ahí dejan *quasi* desarmada a la demás gente.

Tal es el motivo de que estas palabras, escritas por un universitario mexicano modesto, que tuvo el privilegio de la amistad del doctor Carpizo, traten solo de ilustrar algunos aspectos sui generis de su personalidad, cual pinceladas de una pintura impresionista.

El hombre superior, ideal

Para indagar qué, cómo y por qué Jorge Carpizo fue y sigue siendo un universitario mexicano y universal de categoría superior, se consideró conveniente enfocarlo bajo la lente filosófica, por ardua que pudiera parecer.

Carpizo es paradigma del ser humano forjador de su *carácter* y *destino* y poseedor de un *éthos* siempre creciente y pleno de pasión por la verdad, sen-

timiento, conciencia y rectitud extrema; pero no solo pensamiento y virtudes, sino además *elección de valores, ejercicio de acciones*, disposición permanente para acrecentar el *bienestar común* y ponerse sin ningún distingo al servicio del *otro*: alumno, amigo, ciudadano, colaborador, colega, estudiante, familia, profesor...

Tal pareciera que se hubiera propuesto seguir con precisión la línea vital marcada por Giuseppe Mazzini (1805-1872), sintetizada en tres palabras: *Pensiero et azione*.

Carpizo —contraviniendo un tanto a Platón y su *Topos uranum*, y más bien coincidiendo con Aristóteles y su realidad terrestre— no se avino a un mundo de las ideas remontado a las alturas celestiales, sino que, con los pies firmes en la tierra, incorporando lo pretérito y situándose en la *realidad* política, social, jurídica y educativa de su tiempo, lugar y *circunstancia*, oteó hacia el horizonte y construyó senderos nuevos una y otra vez (no hay camino, se hace camino al andar, ¡oh Antonio Machado!) sobre la base de un juicio constituido tanto con rigor jurídico como con sustrato moral-filosófico.

Simultáneamente, sus acciones tendieron siempre a ascender a la cima olímpica colmada de libertad, luz, autenticidad y espacio, asequible solo al *Übermensch* que se esfuerza por ser *citius, altius, fortius* para aproximarse, conjuntando la visión apolínea con la dionisiaca, a la belleza, el bien, la justicia, la solidaridad y la verdad.

Personalidad

La figura de *hombre superior* creada por Nietzsche fue autor recreada por Carpizo, que jamás fue un ser soberbio ni excluyente de nadie por motivos ideológicos, políticos, social-económicos ni étnicos, aunque justo es decir que distinguía a la persona que se esforzaba por acrecentar su acervo intelectual y su trabajo institucional.

En cambio, aunque siempre conciliador de disparidades, también fue severo e implacable con todo aquel que, subordinado, alumno, amigo o colaborador suyo, no cumpliera con su deber o revelara falta de *honestidad, honradez y lealtad*.

Vivió tan modestamente, que la casa en condominio —pequeña, cómoda— que siendo joven compró en abonos, situada en un barrio pueblerino de Tlalpan, fue la misma en la que pasó la mayor parte de su vida, y de la cual salió para ir a internarse con fines quirúrgicos al caer las sombras de la noche del 29 de marzo de 2012, un viaje de ida que ya no tuvo vuelta.

¡Es que los *idus de marzo*, cernidos sobre él desde quince días antes, teñidos de sangre y presagiando el *plus ultra*, lo alcanzaron!

Filosofía de vida

Carpizo fue católico y privadamente cumplía con sus deberes conforme su conciencia religiosa, todo ello muy aparte de su vida profesional y que-hacer público; pero, como Sócrates, también tuvo un *Dios* particular creado por él, su *daímon*, que consultaba cotidianamente y a todas horas y que le indicaba si iba por camino bueno o malo.

Su categoría de maestro, educador y hombre de bien se *des-vela* en el resumen de los 20 consejos que les dio a los estudiantes de la Universidad de Baja California, México, en su discurso del 31 de enero de 1992.

a) estudio diario; b) trabajar en algo agradable, con alegría, entusiasmo y sin considerarlo carga o molestia; c) ganarse honradamente la vida; d) poner lo mejor de sí mismo en el trabajo; e) realización personal; f) servir al *otro*; g) honestidad, verdad: nunca mentir; h) franqueza; i) usar el conocimiento para hacer el bien; j) transferir el conocimiento al que más lo necesita o tenga menos recursos; k) constancia en la vida; l) fijación de metas; m) superación.

Todos ellos —los consejos— son signos y símbolos que revelan al ser humano que mediante su voluntad contumaz, esfuerzo sostenido y reflexión crítica sobre lo que *debe* hacerse, *puede* hacerse y tiene que hacerse, genera su *propio sistema de valores*.

Rectoría

El doctor Carpizo, según se lo relató al autor de estas líneas, no buscó ser rector de la UNAM, sino que su candidatura la presentaron amigos y colaboradores suyos, *quasi* sin su venia, porque él prefería la investigación y volcar el análisis de sus hallazgos, reflexión crítica e innovadora y síntesis en artículos, clases, conferencias, cursos, ponencias y libros de texto o consulta.

Es decir, los cargos no lo dejaban investigar, expresar ni escribir (siempre a mano, nunca en la computadora) su pensamiento jurídico, filosófico-jurídico, político, social, educativo y cultural.

Tal conducta la llevó al extremo la noche del 1 al 2 de enero de 1985: tras de exponerle a los 15 miembros de la Junta de Gobierno de la UNAM su proyecto educativo, docente, de investigación y de creación y difusión de la cultura, así como su plan de desarrollo institucional, se fue a cenar con sus

amigos a la casa de uno de ellos que no tenía teléfono y ¡no fue sino hasta la madrugada que el presidente de la Junta pudo localizarlo para decirle que era el nuevo rector de la casa máxima de estudios de México, noticia que lo tomó por sorpresa, pues no esperaba —ni deseaba— ser el elegido!

Y, al terminar su ciclo de cuatro años en la Rectoría, no fue candidato a la reelección porque su pensamiento democrático le *mandaba* permanecer nada más un periodo en un cargo.

El placer de la mesa

Jorge Carpizo tuvo gran afición —moderada— por el vino tinto, sobre todo español o francés; pero, no solo sino para acompañar el buen yantar, igual platillos campechanos (de su tierra) que de otras regiones de México o de la cocina de España, Francia, Inglaterra, Italia, Austria, Grecia, Alemania, Cuba y Suramérica.

A mediados de los años ochenta (poco antes de su advenimiento a la Rectoría de la UNAM), al regresar de un congreso académico en Cuba, le dijo en el avión a la antigua profesora preparatoriana que lo acompañó en ese viaje, Clementina Díaz y de Ovando (1916-2012): “Clemen, no hay enfermedad que no cure una copa de vino tinto”.

Y no desdeñaba en la sobremesa un trozo de queso y una copa de coñac o de otro licor.

Pero el doctor Carpizo tuvo microinfartos pulmonares hará unos quince años, y al prohibirle su médico neumólogo que tomara bebidas alcohólicas, se tornó abstemio —en contra de su voluntad— la cuarta parte postrera de su vida; mas, armándose de resignación y con maña, engañaba su paladar y sistema límbico tomando de vez en cuando cerveza sin alcohol.

Su afán por la buena mesa era congénito, porque se le había imbuido en sangre y psique el ambiente gastronómico de la casa de sus padres, Óscar Carpizo Berrón y Luz María MacGregor Dondé, según lo relata el propio Jorge Carpizo en el “Prólogo” del libro *Las mejores recetas de Luz María Carpizo* (2004, Porrúa), de María Quiterio Escorza, la mujer (mi *muchachita*, le decía cariñosamente) que sustituyó en su hogar la mano rectora de doña Luz María, que.

... cuidaba mucho la presentación de sus platillos, tratando de que fueran hermosos. También se afanaba para que la mesa estuviera muy bien puesta: todo en orden y en su lugar y atendía hasta el más pequeño de los detalles.

En todos los sentidos, la mesa de Luz María fue una de las mejores y más espléndidas de la ciudad [de Campeche]. Se continuó recibiendo con gene-

rosidad. Cuando visitaban el puerto personalidades políticas, intelectuales o artísticas, mexicanas y extranjeras, se consultaba a mis padres si los podían recibir, para que vieran cómo era una casa tradicional y cómo se comía en Campeche; no obstante, la morada y sus dones eran fundamentalmente para la familia y los amigos.

Durante la semana, se estaba preparado para recibir a varios comensales que podían llegar de improviso y, claro que llegaban. Los domingos era casa abierta, aunque existían los *abonados*, que con regularidad nos acompañaban esos días. La buena mesa siempre estuvo unida con la buena conversación. Eran veladas culinarias, vinícolas y culturales, realmente agradables y placenteras. Era la tradición campechana, seguida por una familia campechana por todos los costados y por todas las ascendencias.

En enero de 1965 mis padres decidieron trasladar su domicilio a la ciudad de México [y] habitaron el departamento de un edificio en la colonia Narvarte [...]

Si los alimentos y la recepción de los anfitriones eran excepcionales, también así era la conversación: la inteligencia y la cultura iban de la mano en el pasadía campechano. Esas décadas de Óscar y Luz María Carpizo, en su departamento en la ciudad capital, pueden ser sintetizadas con una expresión de don Héctor Fix Zamudio: el domicilio de los Carpizo fue durante muchos años la embajada de Campeche en la ciudad de México.

Poesía y nostalgia

El vacío por la ausencia física de Jorge Carpizo es similar al que hubo cuando falleció (30 de junio, 1959) el maestro José Vasconcelos, causante de una orfandad en su familia, discípulos, colaboradores y amigos expresada poéticamente por Herminio Ahumada, vasconcelita acérrimo, fundador y exrector de la Universidad de Sonora:

Maestro, desde que tú te fuiste
me he quedado manco, me falta un ala.
Tu muerte me arrancó, de cuajo,
lo más sano y noble de mi espíritu.
Me siento herido de muerte, con tu muerte.
¿Por qué te llevaste mi ala?
Tú no la necesitabas, Maestro.
Para ir allá no era preciso
dejarme manco, mutilado, triste...
Tu vida fue siempre ascenso
y tu muerte fue vuelo directo al cielo.

¡Allá hay tantas alas!
Devuélveme mi ala, Maestro.
Así, manco, mutilado, triste, indefenso,
no es vida la que estoy viviendo.

Trayectoria vital. Saudade

Desaparecido físicamente el doctor Carpizo, queda el testimonio de su vida y obra, pensamiento y acciones, un refugio psíquico-espiritual para el universitario universal u hombre de bien que quiera detenerse *Nel mezzo del cammin di nostra vita* ¡Oh Dante! para reflexionar y construir sus senderos propios con el fin de avanzar y ascender en su paso por la vida.

No obstante, cuánto pesar por la ausencia material de Jorge Carpizo, el niño y adolescente campechano que al llegar a la ciudad de México tuvo que empezar desde corregir su dejo provinciano y, luego, acorazado con su esfuerzo y voluntad de hierro se labró tan encomiable carrera académica y de servicio a la nación.

Todo ello genera *saudade* —tristeza y alegría a la vez— cual lo plasmó bellamente el poeta salmantino de la Generación del 27, Pedro Garfias (1901-1967), en *La Opinión*, 11-VI-1916.

Pasaron los años. Los años alegres
que niños, los seres vivieron.
Pasaron dejando marchitas las almas,
caducos los cuerpos.
Lleváronse amores,
afanes, ensueños,
ideales hermosos
de luz, de belleza...
dejaron al paso nostalgias, recuerdos...

Corolario

Por cumplir a plenitud el *apoteigma* del maestro y rector benemérito Ignacio Chávez Sánchez, puede aseverarse sin equívoco que Jorge Carpizo vivió dignamente la vida universitaria y que su actuación se extendió a su quehacer al servicio de la nación, nunca para su beneficio, y siempre con la mira *altruista* de coadyuvar al alcance del *bienestar común*.

Es por eso que al *ser superior* y benemérito que fue Carpizo pueden aplicársele versos y estrofas del poema Retrato (1906), de Antonio Machado (1875-1939):

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo, espera hablar a Dios un día;
mi soliloquio es plática con ese buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.
Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.
Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.